

CORONA POÉTICA

Á LA

VIRGEN MARIA

CON MAS DE CIEN POESÍAS DE NUESTROS POETAS MAS ILUSTRES ANTIGUOS Y MODERNOS,

ALUSIVAS Á LOS HECHOS MAS GLORIOSOS DE SU VIDA

INVOCACIONES DE VARIOS POETAS PARA CANTAR LAS GLORIAS DE MARÍA

Santa Virgen escogida,
De Dios madre muy amada,
En los cielos ensalzada,
Del mundo salud é vida.
Del mundo salud é vida,
De muerte destruimiento,
De gracia llena é cumplida,
De cuitados salvamiento;
De aqueste dolor que siento
En presion sin merecer,
Tú me dona estorcer
Con el tu merecimiento.

Con el tu merecimiento,
Non catando mi maldad
Nin mi desmerecimiento,
Mas la tu propia bondad;
Yo confieso, en verdad,
Que só pecador errado,

De tí sea ayudado
Por la tu virginidad.
Por la tu virginidad,
Que non ha comparacion,
Nin hubiste igualdad
En obra é intencion;
Cumplida de bendicion,
Magüer non só mereciente,
Venga á tí, Señora, en miente
De cumplir mi peticion.

De cumplir mi peticion,
Como á otros la cumpliste;
Sácame de tentacion,
En que só caído triste;
Pues poder has é hubiste,
Tú me guarda en tu mano,
Bien acorres muy de llano
Al que quieres é quisiste.

Juan Ruiz, arcipreste de Hita.

Señora, estrella luciente,
Que á todo el mundo guia,
Guia á este tu sirviente,
Que su alma en tí fia.

A canela bien oliente,
Señora, eres comparada,
De la mirra del Oriente
Has loor muy señalada;
A tí fas clamor la gente
En sus cuitas todavía,
Quien por pecador se siente
Llama á Santa María.

Al cedro en la altura
Te comparó Salomon,

La Iglesia tu ferrosura
Al ciprés del monte Sion;
Palma fresca en verdura,
Fermosa y de gran valía,
Y oliva la Escritura
Te llama, Señora mia.
De la mar eres estrella,
Del cielo puerta lumbrosa,
Despues del parto doncella,
De Dios Madre, Fija, Sposa.
Tú amansaste la querella
Que por Eva nos venia,
Y el mal que fizo ella
Por tí hubo mejoría.

Pero Lopez de Ayala.

Por cierto, musa mia,
Muy gran razon seria
Que diésemos de mano
Al vano trastear del mundo vano.
Mudemos el señuelo
A las cosas del cielo,
Porque infinito yerra
Quien le pone en las cosas de la tierra.
¡Oh Vírgen y Señora,
A quien el cielo adora!
Sed vos de aquí adelante
El blanco y fin de cuanto escriba y cante.
Mas vuestra luz serena
Influya oro en mi vena,
Porque el alto conceto
Se ilustre al rayo de tan alto objeto.
Que es vil la ciencia nuestra,
Y en comparacion vuestra,
No tiene estima alguna
Cuanto hay bajo del cielo de la luna.

Mas ¿qué digo en el suelo?
Si tampoco en el cielo
Hay pura criatura
Que no se humille á vuestra inmensa altura.

Admiradas se humillan
¡Oh Reina! y se arrodillan
A vuestros piés reales
Todas las hierarquías celestiales.

Los ángeles hermosos
Y arcángeles gloriosos,
Con las dominaciones,
Os adoran y dan mil bendiciones.

Tambien los principados
Y tronos encumbrados,
Potestades, virtudes,
Os dan perpetuas loas y saludes.

Los sabios querubines
Y ardientes serafines
A vuestros piés se asientan,
Y en sus cabezas de oro los sustentan.

Los santos patriarcas,
Profetas y monarcas
Y apóstoles sagrados
Se glorían de ser vuestros criados.

Y á proporcion de aquesto,
¡Oh Vírgen! todo el resto
De santos y de santas
Pornán la boca adonde vos las plantas.

Sois de beldad abismo,
Pues el Hacedor mismo
De la naturaleza
Se enamoró de vuestra gran belleza.

Y así, vos sois la hermosa,
Y cualquiera otra cosa
Bajo de Dios criada,
De vuestra lumbré queda deslumbrada.

Mas hay un negro abuso,
En todo el mundo intruso

Por trovadores vanos,
 De usurpar vuestros nombres soberanos.
 Dan estos poetillas
 A cuantas mujercillas
 Hermosas les parescen,
 Los nombres que á vos sola pertenescen.
 Llámanlas mas que humanas,
 Divinas, soberanas,
 Y deas celestiales,
 Estando llenas de un millon de males.
 Dicen á sus cabellos
 Que el sol no luce ante ellos
 (Notad que es lindo chiste),
 Siendo excremento de su cuerpo triste.
 Intitulan divinos
 Unos ojos malinos,
 Incitadoras furias
 De carnales antojos y lujurias.
 Tambien llaman divina
 Una boca ladina,
 Cuya lengua contino
 Es como tarabilla de molino.
 Y llaman esos vanos
 Divinas unas manos,
 Que aunque mas señoriles,
 Sirven al cuerpo en menesteres viles.
 No sé cómo no acaban
 De ver que esas que alaban
 Son unos gusanillos
 Que al fin la tierra en sí ha de convertillos.
 ¡Oh pues, Reina excelente,
 Y cuán injustamente
 La gente pecadora,
 Dejando á vos, de aquellas se enamora!
 Siendo vos sola aquella
 Mas amable y mas bella
 Que todas las del suelo
 Y que todos los ángeles del cielo.

A vos pues sola honremos,
 Y á sola vos amemos,
 Despues de Dios eterno,
 De un amor grande, afectüoso y tierno.
 Pues á vos solamente
 Conviene propiamente
 Llamaros mas que humana,
 Divina idea y diosa soberana.

Damian de Vegas.

No sois vos, Vírgen santa y escogida,
 Un Dios que rige el estrellado velo,
 Ni sois tampoco vos el mismo cielo,
 No luna, sol, ó estrella conocida.
 Ni sois tampoco vos la misma vida,
 No ángel de ligero y presto vuelo,
 Ni como cosa alguna acá del suelo,
 Por mas bella que sea y mas lucida.
 Digo lo que no sois, porque deciros
 Lo que sois, imposible me parece;
 A Dios es reservado tal tesoro.
 Solo el que solo pudo produciros,
 A quien toda esta máquina obedece,
 Podrá decir de vos bocados de oro.

Fray Alvaro de Hinojosa.

Empieza, musa mia.—No sé dónde.
 —¿No ves algun principio?—No lo veo.
 —Pues mira por el fin.—Tambien se esconde.
 —¡Oh soberano bien! ¡Oh rico arreo!
 Qué, ¿tanto hay que decir? Habla, responde.
 —Excede la materia á tu deseo.
 —¡Oh Vírgen soberana, en tanta suma
 Permite divagar mi tarda pluma!
 Fuente manantial, de gracias llena,
 Vírgen esclarecida, que habeis dado
 Al mundo libertad, que en la cadena
 Estaba de Satan por el pecado;

Favor os pido, Vírgen muy serena,
 Para poder seguir lo comenzado:
 Aunque es cuento do no se halla cuento
 Tratar de vuestro gran merecimiento.

Juan Lopez de Ubeda.

Á LA PURÍSIMA CONCEPCION DE MARÍA

A todos los espíritus amantes,
 Que en círculo de luz inaccesible
 Forman anfiteatros celestiales,
 Dijo el Padre comun, ya no terrible
 Vibrando rayos vengativos, antes
 Con manso aspecto, grato á los mortales:
 «Ya es tiempo de admitir á los umbrales
 Del reino eterno los del bajo mundo,
 Que su gemido y su miseria vence.
 Y porque la gran obra se comience,
 Muestre la idea del saber profundo
 Su concepto fecundo,
 La preservada esposa; que en saliendo,
 El pacífico cetro de oro extendiendo.
 »Con general aplauso el universo
 Se disponga á su próspera mudanza.
 El Líbano sus cumbres aperciba,
 Para el cedro gentil, nueva esperanza,
 Que por mis manos fabricado y terso,
 Arca ha de ser incorruptible y viva.
 En santos resplandores se conciba,
 Aunque de humanos padres; que el rocío
 Al vellocino místico dos veces
 Fiel, que pidió el mas fuerte de los jueces,
 Mas abundante la tercera envió;
 Y otra el caudillo mío
 Vea la zarza ardiendo, y que las llamas
 Guarden fe á la verdura de sus ramas.
 »Que todo ha de ser luz, todo pureza;
 Instante de tiniebla, instante de ira

No le ha de haber en mi divina esposa.
 Para ella el mar sus ímpetus retira,
 El mar comun de la naturaleza
 En forma de muralla prodigiosa.
 Sigue el orden del tiempo; mas reposa
 Desde la eternidad en estos techos,
 Por donde, sin que cosa se lo estorbe,
 Discurre por las fábricas del orbe,
 Su trabazon y vínculos estrechos,
 Con que por mí están hechos,
 Considera y entiende; y en sus cumbres
 Asiste, y se corona de sus lumbres.
 »Tal conviene que sea el trono augusto
 Que ha de ocupar el vencedor eterno.
 La púrpura real, de que se viste,
 Armas que han de poner yugo al infierno,
 Encadenando al posesor injusto,
 No participen del origen triste.»
 Dijo; y el serafin puro que asiste
 A la altísima silla mas vecino
 Despide alegre músicos acentos,
 Responden luego voces é instrumentos,
 Suena todo el palacio cristalino;
 El júbilo divino
 Pasó al limbo, y al fin se parecia
 Que la naturaleza se reia.

Vióse por las regiones altas luego
 Mover las plumas candidas luciente,
 Descendiendo á la tierra, el ángel santo,
 Como tal vez exhalacion ardiente,
 Dejando surcos rápidos de fuego,
 A los ojos humanos pone espanto.
 Y con divino (aunque corpóreo) manto
 Al uno y otro estéril se presenta,
 Progenitores tuyos, Vírgen Madre,
 Y el gran decreto del eterno Padre
 (Venerándolos ya por tí) les cuenta.
 Así de culpa exenta

Veniste al mundo, hija de tu Hijo,
 Del designio de Dios término fijo.
 Pero ya es bien que de la nube oscura
 De alabanzas mortales
 Saques, oh sol divino, tu luz pura,
 Y á nuestro estilo y versos desiguales
 (Sombra que se le opuso)
 Sacro silencio y éxtasis suceda;
 Que del discurso suspendiendo el uso,
 Levante el alma á la tercera rueda.

Bartolomé Leonardo de Argensola.

Sois palma excelsa, ¡oh Vírgen! triunfadora
 Del árbol del error. Sois verde oliva,
 Que en lo supremo de las aguas mora,
 Verde á pesar de su diluvio y viva;
 Sois vid, que el golpe de la hoz ignora,
 Ciprés, que, exento de la muerte esquiva,
 Anuncia muerte con funesta guerra
 Al que esperaba derribarle en tierra.
 Sois lirio asido á la pungente y dura
 Rama de espinas, y jamás violado;
 Rosa, cuya beldad intacta y pura
 No marchitó la noche y viento helado.
 ¡Oh sin igual, purísima criatura,
 Que, preservada del comun pecado,
 Sois, en desprecio suyo, victoriosa
 Palma, oliva, ciprés, vid, lirio y rosal
 Sois plátano de ramas tan copioso
 Al fértil riego de perpetua fuente,
 Que nunca el hielo su verdor frondoso
 Ha penetrado, ni el agosto ardiente;
 Mirra escogida, bálsamo oloroso,
 Cuya interna virtud perpetuamente
 Os reservó incorrupta y sin ofensa
 Contra el contagio de la culpa inmensa.
 Sois el cinamo de fragante y fina
 Especie, oculto en aspereza tanta,

Que ni guadaña al tronco se avecina,
 Ni falta un ramo de la fértil planta.
 ¡Oh en los humanos excepcion divina,
 Y del Criador imágen sacrosanta!
 Por mil blasones dignamente os llamo
 Plátano, mirra, bálsamo, cinamo.

Sois torre ebúrnea, altísima y fundada
 Para asilo feliz del bando amigo,
 Que su notoria inmunidad sagrada
 Fué siempre incontrastable al enemigo;
 Ciudad, en cuya cerca levantada
 No abrió el contrario entrada ni postigo,
 Escala del Olimpo, inaccesible
 Al pié atrevido de la bestia horrible.

Puerta, que aun antes que su Autor la abriera
 Ya estaba al adversario defendida;
 Fuente, que al áspid y culebra fiera
 Dios negó de sus ondas la bebida.
 ¡Oh en soberanas honras la primera,
 Sin sombra de pecado concebida!
 Bien sois con semejanza preeminente
 Torre, ciudad, escala, puerta y fuente.

Sois encendido sol, y tan fogoso,
 Que no permite congelar nublado,
 Ni el factor de las sombras espantoso
 Ha visto el globo de su luz turbado;
 Sois lucero del alba luminoso,
 Que en los solares rayos inflamado,
 Huye el eclipse lóbrego funesto,
 Cercano siempre al sol y nunca opuesto.

Norte, que de las ondas se retira,
 Sin ver jamás en ellas triste ocaso;
 Luna, que al sol supremo siempre mira,
 Ni el mundo estorba de su vista el paso.
 ¡Oh singularidad que al cielo admira!
 Rindo á tan pura luz mi ingenio escaso,
 Pues no se incluye en alabanza alguna
 Vuestro sol y lucero, norte y luna.

Juan de Jáuregui.

Plantó el Criador para el Adan primero,
 Un paraíso, estancia, aunque terrena,
 De recreacion y de belleza inmensa,
 Tan puro y limpio, que la mancha ajena
 No pudo consentir, lanzando al fiero
 Agresor primitivo de la ofensa.
 Trazada la costosa recompensa
 Del grave mal por el Autor del mundo,
 En vos plantar, oh pura Vírgen, quiso
 Segundo paraíso,
 Y recreacion para el Adan segundo.
 ¿Quién, pues, dirá que entre sus limpias flores
 Hallar pudo la culpa alojamiento?
 Ya fuera conceder al hombre vano
 Mas pura habitacion que á Dios humano.
 Huerto florido siempre, y siempre exento,
 Y defendido sois de los errores,
 Dando fragancia eterna sus olores,
 No á Adan, vencido ya de la serpiente,
 Mas al que oprime su soberbia frente.

Labor mas noble, sólida y entera
 Fué reparar el mundo y renovallo,
 Estableciendo en él la Iglesia santa,
 Y mas difícil que lo fué el criallo;
 Y si en aquella fábrica primera
 Fué el primer hombre fundamento y planta,
 Y tuvo original justicia tanta,
 En esta mejor fábrica segunda
 Sois, Vírgen, vos principio y fundamento;
 ¿Diremos que el cimientto
 Fué ya minado de la culpa inmundada?
 Obra tan rara, y en la esencia trina,
 Tantos y tantos siglos meditada,
 Y enriquecida de costoso arreo,
 ¿He de pensar que de un error tan feo
 Fué en el primero límen deslustrada?
 Afirmaré mejor que la divina
 Mente os previno, como piedra fina,

Para ilustrar en su labor el puesto,
 Do siempre estriba el edificio enhiesto.
 Préciase tanto el humanado Verbo
 De Redentor, que no le satisface
 Un simple modo de ejercer la hazaña;
 Y si levanta al mísero, que yace
 Rendido á manos del error protervo,
 Tambien con mas ilustre y sabia maña
 Querrá oponerse á la contraria saña,
 Preservando tal vez y el saludable
 Socorro anticipando á la caída,
 Pues siendo socorrida,
 Se liberta del golpe inevitable.
 Redencion perfectísima, empleada,
 Oh Reina, en vos, cuyo dichoso empleo
 Os pertenece por honor sublime;
 Y á quien al sacro serafín redime,
 Do no pudo la culpa alzar trofeo,
 La misma accion ejecutar le agrada
 En vos; que no ha de ser aventajada
 La muchedumbre angélica, superna,
 A los honores de su Reina eterna.
 Si en misteriosa voz la Iglesia os llama
 De las vírgenes hoy vírgen gloriosa,
 Ya os concede purísima entereza,
 No solo en vuestra carne generosa,
 Mas en el alma, si el renombre y fama
 Se ajusta á la razon y su firmeza;
 Que la suprema virginal pureza
 Tambien al alma atiende; y si la vuestra
 Fuera despojo de la culpa aleve
 (Bien que en espacio breve
 La rescatara la invencible diestra),
 No fuera vírgen ya. Discurso osado
 El que tan alta calidad os niega.
 Yo en alma y cuerpo, como juzgo y puedo,
 Virginidad santísima os concedo,
 Nunca ultrajada de la culpa ciega,

Ni oscurecida en sombra de pecado.
 Sois vírgen pues en el supremo grado,
 Y el católico fiel en vos respeta
 La integridad de vírgen mas perfeta.
 Con alto acuerdo en la fachada y frente
 Ya se ilustró de espléndido tesoro
 El sacro antiguo templo venerando;
 Tarjas, festones y coronas de oro
 Su puerta ornaron que miraba á oriente,
 Siempre en los rayos de su luz brillando.
 ¿Qué adornos pues os negaremos, cuando
 La Iglesia fiel divino templo os nombra?
 Vuestra dichosa concepcion sagrada
 Es la oriental portada,
 De quien la antigua fué figura y sombra.
 No debe pues faltarle su riqueza
 Aventajada y su luciente ornato;
 Y el que á juzgar en contra se reduce,
 Y el pórtico feliz mancha y desluce,
 Es á la luz de la razon ingrato.
 Remírese en el sol vuestra pureza,
 El oro limpio ostente su fineza,
 Cuyo divino resplandor contemplo
 Siempre ornando la faz del sacro templo.

Juan de Jáuregui.

De tí se espera, soberana Estrella,
 El claro Sol divino de justicia;
 Tu concepcion, oh virginal doncella,
 Quita del mundo la mortal codicia,
 Considerando que vendrá por ella
 Á morir del pecado la malicia,
 Pues *ab eterno* Dios tuvo ordenado
 Pagar la culpa siendo en tí encarnado.
 Si con soberbia la mujer primera
 Tal pecado á su Adam ha persuadido,
 Que á todos nos causó la muerte fiera,
 De que vos, Vírgen, libre habeis salido;

Vos con vuestra humildad pura y entera
 Al celestial Adam habeis movido
 Á que, encarnando en Vos, despues muriese
 Tal muerte, que á los muertos vida diese.
 Con caridad tan alta os levantastes
 Que á Dios cuanto os ha dado le volvistes;
 Si vida temporal dél alcanzastes,
 Á él mesmo temporal vida le distes;
 Y si con esta vida negociastes
 La vida perdurable que adquiristes,
 Con la vida que á Dios habeis vos dado
 Mayor gloria que vos ha negociado.
 Con esto ceso, Vírgen escogida,
 Puerta del cielo y singular entrada,
 Pues no hay quien os alabe en esta vida
 Si no es de no poder ser alabada;
 Porque imágen de punto tan subida,
 Con tan alto primor de Dios pintada,
 No hay quien por retratarla no la borre,
 Si algun favor divino no le corre.

Juan Lopez de Ubeda.

Aquella flor espléndida
 Verde honor al jardin,
 Suave lisonja al céfiro,
 Rubia pompa al abril;
 Rosa que supo, cándida,
 En un punto exprimir
 Puros fragmentos, ámbar
 Del azar infeliz;
 Leyes da al pensil diáfano
 En solio de zafir,
 Sobre esmeralda nítida,
 Majestad de rubí,
 Y á toda flor en nácares
 Enciende su matiz,
 Porque en respeto tímido
 Le hace el color salir.

De verla, el clavel pálido,
 Y corrido el jazmin,
 Aquel, nevada es púrpura,
 Y este es rojo marfil.
 Da lo alegre en las márgenes
 Que admiran al pensil,
 Y en las fuentes lo músico
 Da al alba que reir.
 Sirena es dulce el pájaro,
 Si no alado violin,
 Que aquí florece cítara,
 Y suena flor allí.
 Culto es á la flor mística,
 Que, fénix carmesí,
 Arde en pira aromática
 Plumas de oro y carmin.

Vicente Sanchez.

Si ociosa no asistió naturaleza
Admirada á la tuya, Gran Señora,
Concepcion limpia, donde ciego ignora
Lo que muda admiró tu gran pureza,
Díganlo, oh Vírgen, la mayor belleza
Del día cuya luz tu manto dora,
La que calza nocturna brilladora,
Los que ciñen carbunclos tu cabeza.

Pura la Iglesia ya, *pura* te llama
La Escuela, y todo pio afecto sabio
Cultas en tu favor da plumas bellas:

¿Qué mucho, pues, si aun hoy sellado el labio,
Si la naturaleza aun hoy te aclama
Vírgen pura, si el sol, luna y estrellas?

Luis de Góngora y Argote.

Abre, oh Señor, mi labio: á mí descienda
Tu espíritu, y encienda
Mi alma en tu amor. Agradecido suene
No indigno de tu aliento,
En himno humilde á tu bondad mi acento;
Y cruce el mar y el universo llene.

Do quiera anuncie el regocijo puro
De que el mortal seguro
Gozó, por fin, tras larga noche umbría;
Y la feliz aurora
Recuerde en que tu mano bienhechora
Amparo de Israel nos dió á María.

¡Oh dulce instante memorable y santo!
Calmó del orbe el llanto
Y el hondo afan de su natal la nueva,
De tu amor infinito
Diste, al formar su corazón bendito,
Al linaje de Adán excelsa prueba.

¡Ah! de la noche el estrellado velo,
El siempre rico suelo,
El sol brillando en la mitad del día
Menos el pecho inflaman,
Menos la fuerza de ese amor proclaman
Que el alma santa de la Madre mía.

Escogida por tí, de gracia llena,
La bárbara cadena
Un punto no arrastró del enemigo:
Tú alzaste el brazo airado,
Y no llegó ni sombra de pecado
Al blando seno, que iba á darte abrigo.

Te debías á Tí tan alta gloria:
Por tu insigne victoria,
Necesaria, Señor, á tu grandeza,
Pudo, modesta y pia,
Sola á tus ojos ofrecer María
No indigna de la tuya su pureza.

El grande privilegio verdadero
Confiese el orbe entero:
En ningún corazón la duda habite.
¿Quién, Padre soberano,
Contó las maravillas de tu mano?
¿Quién hay, Señor, que tu poder limite?

¿Retroceder no hiciste la corriente
Del Jordan á su fuente?
¿Al pueblo de Israel no dió camino
Seco el mar á tu acento?
¿Y en la piedra de Oreb no halló sediento
Fresco raudal, y puro, y cristalino?

¿No cantan las angélicas legiones,
No cantan las naciones
En esa joya de inmortal valía

Inclinada la frente,
Un prodigio, Señor, mas excelente?....
¿No es Madre y Vírgen la feliz María?

—
¡Ah! que por siempre en soledad se vea,
Que negado le sea
El sol, y gima sin hallar consuelo
El pecho descreído
Que tu gracia no admire agradecido
En la Reina hermosísima del Cielo.

—
Yo te adoro, Señor: ferviente el labio
Te aclama bueno y sabio.
Al levantar tu mano sacrosanta
Á esa Doncella pura,
Tambien, Señor, á singular altura
Á la mujer de que nació, levanta.

Alejandro Arango y Escandon. — Méjico, 1876.

—
Vírgen hermosa, que en el triste suelo
Brillante cual la estrella matutina
Que de la noche el tenebroso velo
Con sus fúlgidos rayos ilumina,
Al canto de los ángeles del cielo
Unen tus hijos su cancion divina,
Que naciste sin culpa irá sonando
Por do quiera que el sol vaya alumbrando.
Tú eres del arca la gentil paloma
Que vuela entre las nieblas y la bruma,
La que sin mancha ante su puerta asoma
Batiendo alegre la nevada pluma;
Tú la mística flor de blando aroma,
La madre Vírgen de la gracia suma
Que con la oliva de la paz avanza
Y al hombre muestra el iris de la alianza.

Del delicioso Eden salen proscritos
Nuestros primeros padres suspirando,
Y la cadena vil de sus delitos

Por ellos van sus hijos arrastrando:
Mas duéente sus males infinitos
Y al Ángel dices con acento blando:
«Madre seré del Salvador que anhelo,»
Y á la raza de Adam abres el cielo.

José Sebastian Segura. — Méjico, 1872.

—
Baja venciendo la region del trueno
El alma de la Vírgen inocente,
Y vestida de luces blandamente
Del ángel nubla el resplandor sereno.
Pasar le impide con letal veneno
Que entre humo arroja la infernal serpiente;
Miguel gallardo el arma reluciente
Blande al instante de coraje lleno.

De la espada á la fúlgida centella
Huye la astuta, cual de aliento escasa
Cayó del trono en que el Señor destella.

El Arcángel de nuevo la traspasa
Y la tiende á los piés de la Doncella,
Quien la cabeza le conculca, y pasa.

Del mismo. — Versido del italiano.

—
Si está del sol vestida y adornada
La que nació el eterno Sol en ella,
Si con sus plantas á la luna huella
Por unas pintas de que está manchada;
Y si tambien de estrellas coronada
San Juan vió esta bellísima Doncella,
Cuál será el cuerpo, cuál el alma della,
Cosa es de los mortales no alcanzada.

Si los ángeles puros siempre han sido,
Y por Reina la adoran con profundo
Acatamiento, ¿quién, en su entereza,
De los hombres habrá tan atrevido,
Que ponga mancha, pues confiesa el mundo
Que no hay bajo de Dios igual pureza?

Damian de Vegas.